

Olariaga, una reivindicación obligada

Juan Velarde Fuertes

Tuve la fortuna de ser ayudante del profesor Olariaga en su cátedra de Economía Política de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid. Yo había pasado a trabajar, en el verano de 1947, al concluir la Licenciatura de Ciencias Económicas en esa Universidad con la primera promoción de ella, en la Sección de Estadística del Consejo Superior Bancario, que dirigía el estadístico facultativo Ángel Cerrolaza. El director del Consejo Superior Bancario era, entonces, Luis Olariaga. Pronto montó una especie de seminario, en el que también se encontraba Gonzalo Pérez de Armiñán y al que se incorporaría Enrique Fuentes Quintana. También asistía a él un joven gallego —su nombre lo he olvidado— que se declaraba separatista y partidario de que Portugal englobase también Galicia. Y cuando a partir de su cátedra de doctorado surgió una opción para que Olariaga, por desdoblamiento de la de Economía Política de la licenciatura de Derecho que desempeñaba José María Zumalacárregui, pasase a desempeñar esa cátedra, me indicó, en 1949, si quería acompañarlo como ayudante. Acepté encantado. El texto en que iba a basar sus explicaciones era el de Benham, *Economics: A general introduction*, en la edición del Fondo de Cultura Económica. Yo le indiqué las ventajas introductorias que podía tener el *The Social Framework*, de Hicks. La respuesta fue contundente: —“¡Déjeme usted de derivaciones keynesianas! Andan ustedes con todo lo relacionado a partir de la *Teoría General*, como en mi juventud vi a muchos embobados con todo lo que se derivaba de *El Capital* de Marx. Son beaterías que el tiempo cura. Si no fuesen tan voluminosos los *Principios* de Marshall, serían una buena introducción. Pero el libro de Benham, en esa edición del Fondo de Cultura Económica, no viene mal”. Confieso que en las clases prácticas, me escapé mil veces de él, y Hicks, Pigou, el propio y condenado Keynes, por supuesto Stackelberg, Eucken, y un Kuznets que me fascinaba, intenté que fuesen admirados por los alumnos del grupo que tenía asignado.

Yo acompañaba a Olariaga a su clase magistral, que daba en el Aula Magna de la Facultad de Derecho del Caserón de San Bernardo. Se abarrotaba, a primera hora de la mañana. Después íbamos los dos andando al Consejo Superior Bancario, situado entonces en la calle Marqués de Cubas. Era un largo recorrido en el que yo le acompañaba. Iba hablándome todo el rato por la calle San Bernardo, la Gran Vía, y el trocito de la calle Alcalá que nos llevaba al lugar donde ambos seguíamos trabajando, naturalmente en despachos muy diferentes. Así me relataba más de un acontecimiento importante de su interesante vida. Por ejemplo, al referirse a su estancia en Alemania me decía: —“En aquellos años, mi peluquero me relataba apasionadamente, los puntos de vista de Bernstein y de Kautsky, de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, lo mismo que el tendero de la esquina o el camarero de un bar. Apasionaba todo aquello, poco antes de la I Guerra Mundial, y así fue como me enteré de la existencia de un ruso exiliado en Suiza, en Zimmerwald, que hablaba del “renegado Kautsky”, aparte de lo que me enseñaba sobre todo ello mi director de tesis, Oppenheimer, quien, por cierto, fue el maestro de Erhard, de ése del que tanto se habla. Luego, por judío, Oppenheimer se exilió en los Estados Unidos y predicó la necesidad de una destrucción de la Alemania industrial para siempre, lleno de odio a su antigua patria”.

Otras veces me relataba su estancia en Londres, sus reuniones periódicas con Ramiro de Maeztu, inmerso entonces en la polémica entre los gremialistas del grupo de *The New Age* y los socialistas de la Fabian Society, o sus estudios allí de teoría monetaria y sus contactos personales con una serie de grandes economistas expertos en cuestiones monetarias, y muy concretamente, sus conversaciones con Keynes en la Conferencia Monetaria de Génova.

Fui ayudante suyo hasta 1951. Intentó que yo hiciese carrera en el mundo de las altas finanzas españolas, concretamente, en el Banco Hispano Americano, a lo que me negué en redondo, diciéndole que mi carrera era la de funcionario público. Recuerdo que meneó la cabeza diciendo algo así como: “—Estos mensajes keynesianos, icómo perturban a los jóvenes!” Pero continuamos la amistad. A partir de 1971 me envió unas cartas donde señalaba el que se podría denominar “Homenaje y reproche a Keynes”, parafraseando algo un título de un ensayo de José Antonio Primo de Rivera, que también había sido su ayudante de cátedra, y del que, lógicamente, me relató muchas cosas.

Además, esos años contraje una buena amistad con Carmen García Fresca, una sobrina de Olariaga que vivía como hija de éste en su casa. De esa relación con Carmen, quien contrajo matrimonio con Gonzalo Pérez de Armiñán, se deriva la amistad con la profesora Pérez de Armiñán y García Fresca, quien me entregó unas valiosísimas colecciones epistolares, que contienen la correspondencia enviada por el profesor Olariaga, primero a su novia, desde Londres, y luego a su esposa, desde lugares muy variados. Aportan tanta información sobre la vida social, sobre la realidad económica, sobre acontecimientos relacionados con la cultura, que considero que la edición de lo que no son referencias muy personales, sería muy importante. Como un posible adelanto de que alguien estudie a fondo todo esto, considero que no viene mal espigar todo aquello que, en principio, tiene algún sentido para comprender mejor la figura y las aportaciones de este gran economista español. Desgraciadamente se ha perdido para siempre, por el fallecimiento de Gonzalo Pérez de Armiñán, lo que éste había manifestado en su aportación muy importante El profesor Olariaga como principal representante de la generación de 1914: “Olariaga y la banca es tema para trabajos que espero llevar a cabo algún día, en los que sin traicionar una confianza en la que siempre confié, puedo aportar testimonios directos sobre proyectos y reformas, sobre banqueros y bancarios, sobre universitarios que se acercaron a la banca y sobre hombres de la banca que algo hicieron y más pudieron haber hecho, por la universidad”.

Esta correspondencia con su esposa María García Fresca sirve, además, para comprender mucho mejor el sustrato personal y, desde luego, intelectual, de este gran economista. ¿Se comprendería a un Keynes si nadie mencionase Bloomsbury? ¿Y a Wicksell sin sus problemas con el mundo religioso? ¿Y a Einaudi si no se conociesen sus ascéticas cenas cuando era presidente de la República? ¿Y a Thorstein Veblen sin sus aventuras con alumnas? O, pasando a España, ¿a Ramón Carande sin su tertulia de la calle de las Sierpes, o a Valentín Andrés Álvarez sin la “tertulia cerrada” del Regina? De ahí, a mi juicio, el valor de estas cartas que guardo como oro en paño.

Empezaba a coronar, cuando lo conocí, Olariaga, la última vuelta del camino. Escribo este artículo cuando yo lo hago. Deseo, por lo dicho, que su mensaje no se esfume.

Olariaga había nacido en Vitoria el 21 de marzo de 1885. Más de una vez me dijo: “—Soy de la quinta de Alfonso XIII”. Fallecería en Madrid, el 4 de agosto de 1976. Yo era entonces rector de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, y la noticia me la dio Enrique Fuentes. Había allí entonces una reunión sobre temas económicos. Ambos intervinimos en homenaje a uno de los economistas españoles más importantes. Desde el principio, porque enlaza con las posturas de Marshall —en relación con su célebre “Santo Patrón”— y de Pigou —por el papel en su vocación derivada de “las callejuelas sórdidas y las vidas malogradas”— ambos destacamos —y después hemos visto como hace lo mismo Pérez de Armiñán— que sostenía que “sólo le había interesado la economía como explicación de un drama social”. Debo añadir que en 1921 escribió, y 89 años después tiene plena vigencia: “Pasan cosas tan graves en la economía española que no es posible callarlas sin cargo de conciencia”. Por supuesto todo esto encaja con aquello que escribió en El Sol el 16 de febrero de 1921, reproducido por ABC, como homenaje ante su muerte: los economistas, en relación con la política económica “no pueden hacer labor constructiva, pero pueden hacer labor crítica. Pueden ir aclarando uno a uno los grandes problemas básicos de nuestra economía. Pueden ir descubriendo a la nación los bajos fondos de su turbia vida política. Pueden ir lanzando datos y argumentos al hemiciclo político para que los recojan y los enciendan las pasiones, vengán de donde vengán y vayan a donde vayan... Si [los economistas] continúan conquistando su independencia... todo lo que pueda ocurrirles ha de serles seguramente compensado por la satisfacción de contribuir eficazmente a levantar la condena de pobreza que hoy sufre el pueblo español”.

Todo esto es lo que obliga a revisar la vida del profesor Olariaga, cuando se acaban de cumplir los CXXV años de su nacimiento. Espero que quede claro que en la biografía de Olariaga se entremezclan tres talentos, que no pueden nunca ser escondidos, que definen la personalidad de cualquier economista que se precie: la de procurar divulgar lo que conoce científicamente, en forma de conferencias, charlas, discusiones públicas, artículos periodísticos, folletos, declaraciones en los medios de comunicación; la de aconsejar a los políticos a través de conversaciones, informes, dictámenes e, incluso, aceptando la participación en el poder, pero siempre más como servicio penoso del que se ha de procurar escapar pronto, que como actividad regular capaz de dar por sí sola sentido a la vida; finalmente, dedicando atención a la formación de las nuevas generaciones de economistas, gracias al doble apoyo de la

investigación y la docencia, efectuadas no por puro placer intelectual, o como vocación pedagógica, sino para que, en lo material, mejore, con proyección hacia el futuro, la vida no sólo de los compatriotas, sino de todos los desheredados del mundo.

En lo que sigue se observará cómo todo eso ha sido vivido con intensidad por Olariaga, porque repito que había entendido la economía como “la explicación de un drama social”, que al afectar al prójimo, dentro de la cultura cristiano-occidental que, intensamente vivió, precisaba de una reacción de auxilio inmediato.

La figura de Olariaga, aparte de mis vivencias y de mis investigaciones, me ha sido completada por la tesis doctoral de M^a Carmen Pérez de Armiñán y García Fresca, Problemas Geopolíticos, Sociales y Económicos en la obra periodística del profesor Olariaga, Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía Humana, Madrid, 1987, editada posteriormente con este mismo título por el Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1991; por el trabajo de Gonzalo Pérez de Armiñán, El profesor Luis Olariaga y Pujana. Una aproximación a su vida y a su obra, en Enrique Fuentes Quintana (director) Economía y economistas españoles, vol. 6, La modernización de los estudios de economía, (Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, Barcelona, 2001); por la intervención necrológica de José Castañeda, Don Luis Olariaga 1885-1976, en Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1977, n^o 54, y por la semblanza que de Olariaga verificó José Larraz en la Contestación al Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el día 25 de junio de 1950, en su recepción pública, por el Excmo. Sr. D. Luis Olariaga, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1950, págs. 61-64. Oralmente, me transmitieron noticias valiosas derivadas de la intervención del señor Dolao Lanza en los actos conmemorativos que la venerable Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País organizó en Vitoria en 1985, con motivo del centenario del nacimiento de Olariaga. Además, debo mucho a conversaciones con su sobrina, Carmen García Fresca; con su marido Gonzalo Pérez de Armiñán; con Félix Suárez-Inclán; con Ángel Cerrolaza; con Enrique Fuentes Quintana y con el profesor Álvarez Cienfuegos. Todo eso me ha ayudado a completar su imagen. Naturalmente, la lectura de sus obras me ha servido mucho para concluir de completarla, así como el examen concienzudo del epistolario mencionado.

Olariaga había nacido en Vitoria en El Portalón, una casa medieval, del barrio de La Correría, que hoy contiene un buen restaurante, y que entonces estaba dividida y subdividida, para dar albergue a numerosas familias. Su padre era un pequeño comerciante de la localidad, confitero de la calle de la Constitución. Su familia va a relacionarse con

las actividades mercantiles. Uno de sus hermanos, incluso va a llegar a la Presidencia de la Cámara de Comercio de Vitoria. Él, dentro de esa tradición burguesa, y en busca de la promoción que podía ofrecer la actividad bancaria, ingresa en 1901 —justamente cuando se produce la segunda oleada de creación de bancos de nuestra historia— en la casa de banca Herederos de Cipriano Martínez, después de concluir rápidamente el bachillerato, a más de estudios mercantiles, y emprendido el conocimiento de idiomas extranjeros. En un paseo nocturno por Vitoria, con directivos de la Real Sociedad Bascongada, me señalaron que Venancio del Val, en El Pensamiento Alavés, 3 de abril de 1959, sostenía que el primer puesto de trabajo había sido en la Banca de Valle, que después daría origen al Banco de Vitoria. Tanto da. Sobre su infancia, Olariaga publicó un jugoso artículo, digno de la pluma de Baroja, titulado Memorias de un chico de La Correría en el periódico de Vitoria, Norte Express, 5 de agosto de 1974. En él indicaba que había nacido “de unos padres creyentes, trabajadores y honrados”. Su padre intentó vincularle con el nacionalismo vasco. Me contó un día Olariaga que le había llevado a ver a Sabino Arana, que estaba entonces en la cárcel, y que a la vuelta había tenido la primera discrepancia seria con su progenitor. Olariaga no apreciaba la cerrazón mental de Arana. En su correspondencia se observa, con toda claridad su radical oposición al nacionalismo vasco. Su orientación juvenil inicial le llevó hacia las organizaciones locales republicanas y socialistas. Creo recordar que me llegó a decir que había militado en la UGT de Vitoria, como empleado de Banca, y que en su sede había pronunciado alguna conferencia. Añadió, con gracia: —“Mis primeras intervenciones públicas las di en una casa ante la que las beatas de mi pueblo, al pasar, se santiguaban”. Como herencia de esto, queda la conferencia pronunciada bastante después, en 1920, en el Centro Instructivo Republicano de Vitoria, titulado Los impuestos de Lloyd George.

Pero eso pertenece ya al segundo capítulo de su vida. Por la prensa extranjera que leía en Vitoria para mejorar su dominio de los idiomas, se enteró que el Crédit Lyonnais se disponía a abrir una sucursal en Londres. Logra ser admitido como empleado de este Banco en la capital inglesa en 1905. Por eso no sólo va a penetrar de golpe en el centro del mundo financiero. También llega en el momento en que el laborismo va a acceder al Parlamento, mientras tiene lugar un rico movimiento cultural en el que destacaban nombres como Chesterton, Bernard Shaw, Kipling, Belloc o H.G. Wells. Londres, en aquel momento, está lleno del espíritu victoriano modificado con cierto ímpetu por Eduardo VII, casi recién ascendido entonces al trono. Acababa de iniciarse el giro internacional que daría lugar a la entente cordial con Francia, y en 1905 alcanzaban el poder los whigs y, con ellos, pronto llegaría —en 1911— la pérdida de la supremacía de la Cámara de los

Lores. Olariaga se adentraba en un mundo nuevo, en el que le llamaban la atención tanto el entusiasmo popular por los deportes de competición, como las manifestaciones, a veces muy violentas, de las sufragistas. Y allí, en 1908, toma contacto con otro joven vitoriano, éste de la alta burguesía local, y con una formación previa formidable, Ramiro de Maeztu Whitney. Como señaló Olariaga en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1972, refiriéndose a Maeztu, “tuve la suerte de que se interesara por mi... y de que me ofreciera su ayuda con entusiasmo. Durante tres inolvidables años pasé con él las tardes de los sábados y algunos domingos que yo no tenía trabajo bancario”. Maeztu había llegado a Londres también en 1905 como corresponsal de La Correspondencia de España y de Nuevo Mundo, de Madrid, y de La Prensa, de Buenos Aires. Sus grandes amigos eran T. B. Hulmes, cuya influencia intelectual sobre T. S. Eliot es conocida, y Arthur Penty, el autor de Guild's Man Interpretation of History, y creador del grupo del socialismo guildista o gremialista, en el que se encontraría además con A. R. Orage, S. G. Hobson, Bertrand Russell y G. D. H. Cole. Orage dirigía la revista The New Age, órgano del grupo. Maeztu pasó a colaborar activamente con esta revista y con este grupo. En The New Age estaban también Bernard Shaw, Chesterton —que andaba a vueltas con el distribuísmo mientras volvía los ojos a la Edad Media católica—, Eliot, Wells, Cole, Ezra Pound... Lógicamente una persona tan espabilada como el joven Olariaga tenía que estar fascinada con este panorama, y en él es donde pasa a interesarse por la economía que entiende, conviene repetirlo por tercera vez, “como la explicación del drama social”, por lo que para él “el conocimiento económico carece de sentido si no se incuba en la matriz del Derecho y de la Filosofía, y que toda esa nueva ingeniería económica que se pretende elaborar con la ayuda abstracta, mecánica, de la matemática, no hace más que vaciar de contenido real a la ciencia económica, y tratar de imitar a una ciencia natural, icómo si las acciones y las reacciones humanas se repitieran con la uniformidad y la regularidad matemática con que se manifiestan las fuerzas de la naturaleza!” El planteamiento social se imbrica así de manera íntima con el económico, tal como lo había planteado Maeztu. Por declaración propia que me hizo Olariaga, y no sólo a mí, sabemos que en la raíz de toda esta visión suya se hallaba su insigne paisano.

De ahí le vino el impulso hacia la economía. Lo señalará así, en una intervención en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en 1977: “Como yo venía entrenándome —por necesidad, no por gusto— en problemas económicos y especialmente bancarios, tuve que adentrarme también en libros de economía”.

Fue Maeztu quien sugirió a Olariaga que se convirtiese en universitario, y que lo hiciese en España. Para eso le

puso en contacto con dos egregios compatriotas, Unamuno y Ortega. El primero le orientó para que, en un plazo corto de tiempo y en una serie de exámenes itinerantes por la Universidad española —que en su correspondencia quedan muy bien aclarados— se licenciase en Derecho. También Unamuno será persona clave para conseguirle ayudas de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

La relación con Ortega fue un típico traspaso de la función magistral que había tenido con Olariaga Maeztu en Londres. Ahora la pasa a desempeñar el pensador madrileño. La conexión la relata así Olariaga: “Daba lecciones (Maeztu) de perseverancia y de valor —de aquel valor inglés que se llama endurance, resistencia, aguante— y luego enviaba a la gente a Madrid, cerca de Ortega, que la empujaba a Alemania, a hacer estudios serenos y sistemáticos, a aprender objetividad y ciencia”. Además, bajo la tutela espiritual de Ortega, vemos a Olariaga relacionarse con las gentes de la Institución Libre de Enseñanza, con las de la Residencia de Estudiantes, con las del Instituto de Reformas Sociales, con lo que quedaba del grupo de Oviedo y en concreto con Posada, grupos todos que además se interrelacionaban estrechamente.

En 1911 muere su padre y en 1912 se casa con María García-Fresca Tolosana. Con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios, se marcha a Berlín. El designio de esta marcha a Alemania queda claro en la carta que le remite Ortega el 6 de abril de 1914. Contiene un mensaje escueto y muy importante: “Trabaje Vd. heroicamente; no lo más hondo, pero lo más urgente que hoy necesitamos es economía... Nuestro país cambia por días. Entramos en tiempos más fuertes”.

Olariaga trabajó en Berlín con eficacia. Sus maestros son conocidos. En primer lugar, Wagner, que se había constituido en algo así como la conciencia fiscal y social del Reich. Consta que siguió enseñanzas con Sering —el que había sido también maestro de Flores de Lemus—, pero, sobre todo, que estudió con Oppenheimer. Era éste un profesor sionista que había alcanzado cierto predicamento entre los reformistas con sus tesis que calaban con rapidez en un español de principios de este siglo. Pensemos que desde Campomanes y Jovellanos reinaba aquí la tesis de que en la propiedad de la tierra se hallaba la raíz de todas las desigualdades sociales. Se trataba últimamente de la línea doctrinal que iba de Flórez Estrada a Joaquín Costa, que se complementaba con un muy militante henrygeorgismo español. No se debe olvidar que Olariaga pronto prepararía la tesis doctoral, dirigida por Adolfo Posada, titulada En torno al problema agrario, que se leería el 5 de diciembre de 1916, y que se publicaría en 1917.

Además a Oppenheimer debemos la introducción del término estática comparativa en su West und Kapital Profit, en 1916, aunque, sobre todo, en este caso, otro gran motivo tiene que haber centrado la atención de Olariaga. Oppenheimer desarrollaba cursos sobre algo que apasionaba entonces: el revisionismo marxista. Entre Bernstein, Kautsky, Lenin, Plejánov y Tugan-Baranowski, se había creado una atmósfera tal que la exposición crítica de sus doctrinas, marchas y contramarchas, había comenzado a apasionar en los medios académicos. Oppenheimer ofrecía sus puntos de vista sobre todo ello en intervenciones orales de mucho público. A ellas asistió, al lado de Olariaga, el propio Maeztu, quien se había trasladado a Alemania para seguir sus palabras.

El estallido de la I Guerra Mundial provocó la marcha de Berlín del matrimonio Olariaga. Muchos años después le oí añorar su piso, sus muebles, el ambiente exquisito al que desde su vivienda tenía acceso. Esa formación inicial en cuestiones económicas —preludio en Londres, cursos en Berlín— va a completarse al pasar a formar parte del primer grupo de discípulos de Flores de Lemus. Con Olariaga lo constituían Álvarez Cienfuegos, Carande, Gabriel Franco, Rodríguez Mata y Viñuales. Trabajaban en una especie de seminario, en reuniones en el propio Ministerio de Hacienda, en restaurantes típicos de Madrid o de sus alrededores, en comidas campestres a las que solía acudir el profesor Laureano Díez Canseco. El comentario, que dirigía Flores de Lemus, tomaba como base una noticia, una frase, o un texto que allí se leía para todos. Uno de los discípulos que traducía estos textos del inglés era Olariaga. Álvarez Cienfuegos me contó que así había sucedido con Business Cycles de Mitchell.

En 1916 leyó su tesis doctoral. En marzo de 1917, al jubilarse Azcárate y modificarse el Plan de Estudios de Derecho, se creó en el doctorado de la Universidad Central la cátedra de Política Social y Legislación Comparada del Trabajo. En 1917 opositó a ella y la ganó con brillantez. Simultáneamente había pasado a orientar a los ciudadanos españoles, a partir del 5 de febrero de 1915 en la revista España dirigida por Ortega y Gasset. El artículo, aparecido en su número 2, se titulaba El Banco de España, plaga nacional. Ortega, evidentemente se asustó con el título y el texto de esta colaboración, pero era un trabajo que le había solicitado en una carta que le había enviado a Alemania el 6 de abril de 1914: “¿Conoce usted bien el problema del Banco de España? Pues bien, entienda lo necesario para poder responderme con sinceridad a esta pregunta: ¿Podría hacerse una campaña pública, fuerte, ejemplar contra el Banco de España?” De ahí que Ortega consultase a Maeztu, como dice Pérez de Armiñán, “si las opiniones de Olariaga sobre el Banco de España eran de fiar; es decir, si eran objetivas y desinteresadas... Maeztu le tranquilizó:

«No puedo asegurar que tenga razón en todo lo que dice, pero sí que lo piensa honradamente». De algún modo en ese artículo se aceptaba la verdad de aquella frase atribuida a Azcárate; «¿Es el Banco de España o España del Banco?» Como Echegaray era quien había recreado al Banco de España en su estructura de aquellos momentos, cuando le concedieron el Premio Nobel de Literatura, se decidió organizarle un homenaje nacional. Como se comprueba de textos de Azorín, Flores de Lemus, con los miembros más egregios de la Generación del 98, estaba detrás de un manifiesto negándose a participar en tal homenaje. Y el motivo era, hay que entenderlo, la creación por Echegaray del Banco de España tal como entonces existía. Y este trabajo de Olariaga para España fortalecía esa postura. Cuando Olariaga nos criticó a Fuentes y a mí por un artículo en el que planteábamos en 1950, en La Hora y en 1951 en Juventud lo mismo que él había sostenido, en solicitud de una estatificación del Banco de España, recuerdo que quedamos bastante asombrados. Sobre todo porque tras ese artículo, rezaba además, en su título, porque era el primero de una serie, I. El Estado español autoriza gratuitamente al Banco para que fabrique dinero y luego se lo pide en préstamo, regalándole millones en concepto de intereses, exactamente igual que en 1950. Aparecieron en España a continuación estos otros artículos de Olariaga: El Banco de España, plaga nacional. II. El Banco es el mejor negocio de su clase que existe en Europa y para asegurar sus grandes dividendos se violenta la Ley cuando es necesario; El Banco de España, plaga nacional. III. Las ganancias del Banco son causa permanente de que en tiempo normal sea depreciado el dinero español; El Banco de España, plaga nacional. IV. El Banco no cumple su misión fundamental, y finalmente, El Banco de España, plaga nacional. Comentarios y críticas de la serie. Después seguirían otros duros artículos sobre aspectos especialmente comprometidos de nuestra economía. Uno de ellos, sobre el problema ferroviario hizo que el Presidente Dato se querellase contra él por injurias. La Audiencia revocó el procesamiento. Concretamente, la necesidad de alterar radicalmente la situación del Banco de España, será ofrecida de nuevo en su libro La política monetaria en España (Librería General Victoriano Suárez, Madrid, 1933) y, finalmente en La ordenación bancaria en España (Madrid, 1946). Más ampliamente me he ocupado de esta cuestión en mi colaboración Olariaga sobre el Banco de España, en el libro editado de José Antonio Alonso, Homenaje a Juan Muñoz Campos. Ensayos y semblanzas (Editorial Complutense, 2010). Pero desde España arremetió también contra la Constructora Naval y contra ciertas inversiones extranjeras como las de Río Tinto. Olariaga, pues, casi nos va a ofrecer la crónica, como buen periodista que era, de lo que podría denominarse su largo proceso de conversión, con el que logra, al final, ver la luz sobre el juego de la economía nacional en la que vive. Por un lado

exige reformas en toda una serie de instituciones económicas heredadas: las crediticias, los ferrocarriles, la hulla, los movimientos de capitales, la realidad social y la fiscal. Recalca que el capitalismo no es precisamente el peor de los sistemas económicos imaginables, pero el no dudar jamás de las ventajas del sistema de mercado, no le lleva a considerar que todo lo acabará por mejorar la mano invisible. Vemos, por eso, en Olariaga un fervoroso estudioso de las medidas de reforma social que se ensayaban en el mundo y de las ventajas o inconvenientes para que se pudiesen implantar en España. Desde los seguros sociales al tema, entonces candente, de la posible flexibilidad de los salarios a la baja, jamás abandonó, desde España a El Imparcial y El Sol, un típico talante reformista. Simultáneamente, percibe, cada vez con más fuerza, las consecuencias del aislamiento económico que se había enseñoreado de la política económica española, desde el viraje proteccionista de Cánovas del Castillo, y que iba a llegar a la política de industrialización con sustitución de importaciones cara a Suanzes, pasando por Maura, Cambó, Primo de Rivera y la búsqueda de la autarquía, como denunció en 1935 Perpiñá, por la II República.

En este sentido basta recordar su artículo Problemas de la guerra. La ilusión del nacionalismo económico, publicado en El Imparcial, el 17 de julio de 1917, precedido de este otro, Cataluña como litigio, aparecido en España el 18 de noviembre de 1915. En él escribió que “el Estado español alzó, en gracia a Cataluña, un valladar aduanero que ponía el consumo nacional a disposición de la nueva industria”. Así fue como “en Cataluña aumentó el trabajo, aumentaron los salarios, aumentaron las ganancias de los capitalistas, a costa, claro es, del resto de España, que tuvo que pagar ciertas cosas más caras. Esta España quieta y rendida que pudo buscar lo mismo que Cataluña, no lo hizo, y, en cambio, quedó hondamente punzada”.

A partir de ahí, Olariaga publicará varios artículos en El Imparcial de los Ortega, y cuando, tras el ruidoso artículo de José Ortega y Gasset, Bajo el arco en ruina, decide éste, junto con Urgoiti, lanzar El Sol, a este periódico dedicará Olariaga sus esfuerzos. Parte de su labor periodística será comentada y glosada admirablemente por M^a Carmen Pérez de Armiñán y García-Fresca.

Simultáneamente tiene lugar, a mi juicio, la culminación de su etapa de formación como economista. Va a culminar en 1920, a causa de una ayuda de la Junta para la Ampliación de Estudios. Tres cuestiones es preciso subrayar aquí. La primera es su percepción de que existe un economista genial llamado Keynes. El motor, por supuesto, lo había supuesto la publicación de The Economic Consequences of the Peace. En la nota manuscrita Cómo era y cómo pensaba Ramiro de Maeztu en su etapa de Inglaterra, que se

encuentra en el archivo familiar, señalaba Olariaga que este regreso a Londres se había hecho para “estudiar las consecuencias económicas de la contienda, siguiendo la traza que iba marcando John Maynard Keynes”. Téngase en cuenta que el 28 de enero de 1920 —piénsese que la obra del genial economista inglés había comenzado a distribuirse un mes justo antes— Olariaga publica en El Sol el artículo Un libro sobre la paz. El Tratado de Versalles va a completar la ruina económica de la Europa continental. Es muy posible que en ese viaje a Londres tomase contacto personal con Keynes.

Supongo que si hubiese sido así lo habría manifestado en algún lugar, aunque esto sí sucedió en la Conferencia de Génova a la que asiste en abril-mayo de 1922, como consejero técnico de la Comisión española, presidida por el marqués de Villaurrutia, y de la que formaban parte Pablo Garnica, Francisco Cárdenas y otras personalidades. Siempre he pensado que se le escogió muy probablemente por aquel entonces, al conocer muy bien tanto el idioma inglés como el español. Además escribía excelentemente en nuestro idioma, e incluso tenía aficiones literarias. Por eso, como señala Gonzalo Pérez de Armiñán, era autor de varias obras de teatro que nunca se estrenaron, pero es evidente que se encuentra así en esa línea de profesores españoles de economía que hacen incursiones en la literatura, esa relación que abarca desde Valentín Andrés Álvarez a, ahora, Vicente Donoso, pasando por José Luis Sampedro. Añádase su enlace directísimo con personajes tan eminentes como Ortega y Gasset. Fue cuando comenzó a criticar el empleo de ciertas palabras muy corrientes entre los economistas como deflación —sostenía que debía decirse desinflación— o liquidez, por considerar que la expresión tendría que ser liquidabilidad. Sí está documentado que en Génova se encontró con Keynes. Parece que algún contacto previo tenía que existir para que, quien enviaba desde Génova crónicas a El Sol sobre lo que allí sucedía, pusiese al día a Keynes para sus crónicas al Manchester Guardian de lo que había acontecido, porque éste había llegado con algún retraso. Era el momento, además, en que Keynes, desde el Suplemento Económico de esta publicación, avanzaba lo esencial de su A Tract on Monetary Reform en los artículos La teoría de la paridad del poder adquisitivo y Cambios adelantados. Olariaga, con estas bases, se va a ocupar de la realidad española en relación con un asunto entonces apasionante: ¿era posible volver a establecer las viejas paridades y retornar al desaparecido patrón oro, con circulación del oro incluida, de la anteguerra? Keynes entonces, con su pragmatismo característico, escribió en relación con el eterno argumento de que la vuelta a ese valor del oro significaría prestigio para toda moneda que diese ese paso: “Cuando un país tenga razonables esperanzas de establecer fuerte su paridad oro de pre-guerra, ello es importante. Esto puede aplicarse a la

Gran Bretaña, Holanda, Suecia, Suiza y España; pero a ningún otro país europeo”, párrafo que tomo de La vida de John Maynard Keynes, de Harrod, en la versión en español del Fondo de Cultura Económica.

Esta idea primordial de Keynes, que le llega sin duda de la contemplación de la cifra de las reservas de oro y otros metales preciosos del Banco de España, tiene, muy probablemente, que haberse discutido entre él y Olariaga en las jornadas de Génova. Esta admiración por Keynes queda, parece que bien ratificada, cuando en El Sol de 15 de marzo de 1928, una mano anónima —que con toda probabilidad era la de Olariaga— se refiere a Keynes destacando como uno de sus méritos, “el originalísimo enfoque de sus teorías acerca de los problemas monetarios de Europa”. Precisamente en 1929 aparecerá el primero de los estudios de Olariaga sobre cuestiones monetarias. Era fruto también de su experiencia al frente de la Secretaría del Comité Interventor de los Cambios. Se titulaba La intervención de los cambios en España. Es el momento en que, de la mano del general Primo de Rivera, Olariaga entra en los mecanismos de alta dirección de la política económica. Había sido, por cierto tiempo, Delegado Regio para cuestiones relacionadas con el abasto del pan, de harina y del trigo en 1920, del que cesa por dimisión en marzo de 1921. En 1922 fue nombrado Jefe de la Sección del Comercio Exterior del Instituto de Industria y Comercio, la entidad central del ordenamiento corporativo español, a la que sucederá el Consejo de Economía Nacional en la Dictadura de Primo de Rivera. También fue vocal del Consejo Superior de Ferrocarriles en representación de las Cámaras Mineras y miembro de la Asamblea Nacional de Primo de Rivera, aunque, según Gonzalo Pérez de Armiñán, no acudió a ninguna sesión ni efectuó en ella trabajo alguno. Pero era profesor ayudante suyo José Antonio Primo de Rivera que, evidentemente admiraba a su maestro, quien le dirigía los trabajos de una tesis doctoral sobre el gremialismo. Me relató Olariaga que el general Primo de Rivera lo había recibido en el Palacio de Buenavista, a la sazón Ministerio de la Guerra, mientras un soldado lo afeitaba. Creyó conveniente puntualizar cuál era su postura política y dijo: —“Quiero decirle que a mi no me gustan las dictaduras”. Y don Miguel Primo de Rivera le contestó: —“¡Toma! Y a mi tampoco. Pero, ¿qué ocurriría si yo no lo hubiese hecho?” La consecuencia fue su nombramiento, en junio de 1928, secretario del Comité Interventor de los Cambios, cuyas funciones se suspendieron definitivamente en octubre de 1929. Simultáneamente participó muy directamente —véase sobre esto la tesis doctoral de Fernando Bécker Zuazua— en la redacción del decreto-ley que creó el Banco Exterior de España. El 3 de junio de 1929 fue designado secretario general del Consejo de Administración de esta entidad. La caída de la Dictadura y del régimen monárquico poco después, significaron el cese en los

puestos políticos de Olariaga. En la II República sólo, en 1935, volvería a desempeñar un puesto oficial, como vocal del Consejo Superior de Ferrocarriles en representación del Estado. Lo designó el ministro de Hacienda Marraco, pero la llegada del Gobierno del Frente Popular, en febrero de 1936, significó su cese inmediato.

Había, a partir de 1921, publicado estudios sobre la economía real española: La cuestión de las tarifas y el problema ferroviario español (Calpe, 1921); Por la riqueza de España (Talleres Voluntad, 1924); y La crisis hullera en España (Talleres Voluntad, 1925). Más adelante sólo publicará en este sentido otro trabajo: La crisis sidero-metalúrgica en España (Unión Económica, 1932). Se va a centrar en asuntos monetarios, a partir de la obra citada, La intervención de los cambios en España. Concretamente, es la etapa en la que sus puntos de vista sobre el cambio se reforzaron con los de Keynes, como se evidencia en la larguísima entrevista publicada en El Sol que éste le concede en la visita que efectúa a Madrid en 1930, donde pronunció como conferencia en la Residencia de Estudiantes una de las primeras versiones de su ensayo La economía política de nuestros nietos. Los estudios de Olariaga sobre cuestiones monetarias fueron, evidentemente, profundos y al día, como se comprende cuando se maneja su libro ya citado, La política monetaria en España (Librería General Victoriano Suárez, 1933). En esta obra queda, además, clarísima la influencia del Treatise on Money de Keynes. Olariaga fue siempre fiel a esta influencia, cosa rara en el mundo científico. Estoy plenamente de acuerdo, en relación con esa vinculación intelectual, que, sin embargo tiene razón Harrod en La vida de John Maynard Keynes, cuando escribe: “El Treatise ha tenido mala suerte. Desde que se publicó fue menos leído de lo que esperaba el autor cuando lo escribió”. Soy, en este sentido, testigo del afecto especial que siempre tuvo por él Olariaga. Corregía yo las pruebas de su obra El Dinero, en la segunda edición del primer tomo, con su sobrina, Carmen García-Fresca, y con motivo de una pequeña discusión sobre cómo se escribía el nombre de Lord Lauderdale —que, por cierto, salió equivocado, a pesar de mis advertencias— le pregunté por los motivos de que la obra se distribuyese en partes del modo que él lo hacía. Me aclaró: “Las dos partes son obvias; coja Vd. el Treatise, que le vendrá muy bien, porque así saldrá de las beaterías peligrosas de la Teoría General, y verá cómo el tomo I se dedica a la teoría pura del dinero y el II a la aplicada”.

Todo esto es lo que le llevará, en 1936 a publicar, traducida y prologada por él, la obra de Hayek, La teoría monetaria y el ciclo económico (Espasa-Calpe, 1936). Únase tal talante a su artículo La misión de la Banca en los ciclos económicos, en CSB, mayo 1936, que seguía a otro, en CSB, febrero 1936, titulado La desvalorización de la peseta.

Por supuesto que no dejó, por un lado, el seguir revisando las doctrinas sociopolíticas. Antes de esa frontera que en tantas cosas fue la Guerra Civil, en este sentido publicó una serie de ensayos sobre la galopada intervencionista que avanzaba. La tituló, en primer lugar, El destino de la economía liberal, un largo artículo publicado en Economía Española, abril 1933, seguido de otro, ¿Liberalismo o socialismo?, también en Economía Española, junio 1935. También existe otro, sobre una evolución que parecía surgir en el socialismo, titulado La doctrina socialista de Henri de Man, en Economía Española, abril 1934. Añadamos sus trabajos sobre las orientaciones de la política económica norteamericana impuestas por Roosevelt, tanto en su artículo La revolución de Roosevelt en la Revista de Occidente, 1934, como en el ensayo La economía dirigida de Roosevelt (Unión Económica, 1935).

Por otra parte, insistió en los enlaces de la economía española con la mundial en una serie de análisis, efectuados en los momentos de la Gran Depresión, en Economía Española, junio 1932 y La causa económica de la guerra, en Economía Española, septiembre 1935 y, como una especie de gran síntesis de mucho de lo desperdigado en todos estos trabajos, por lo que se refiere a España, en el más breve, pero enjundioso ensayo, Orientaciones para la reconstrucción económica española, en Economía Española, enero 1934.

Pero no se puede olvidar tampoco que Olariaga es el primer economista español que estudia seriamente la economía hispanoamericana. El choque hispano que se experimenta siempre que un español con mediana sensibilidad visita América, se originó en Olariaga con motivo de su viaje a Argentina en 1924. Yo lo he relatado ampliamente a través de las veinte cartas que en él dirige a su esposa, la primera del 6 de octubre de 1924 y la última del 27 de noviembre. Esta correspondencia a mi juicio sirve para entender las relaciones existentes entre la cultura española y la argentina en los años veinte del siglo pasado, en un momento de gran optimismo y prosperidad en la República del Plata. Además ofrece alguna información acerca de algunos profesores argentinos de Economía. Finalmente, muestra el empuje que tenía la emigración española allí asentada. En 1927 retornó a Argentina. Desarrolló más de treinta conferencias en las Facultades de Ciencias Económicas, Derecho y Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde recibió el doctorado "honoris causa", aparte de otras numerosísimas intervenciones públicas en Argentina. En la Universidad de Santiago de Chile pronunció un ciclo de conferencias y recibió el título de profesor honorario de ese centro. Como resultado queda un río de artículos aquí y allí; concretamente en Argentina, dos en la Revista de Ciencias Económicas, en julio de 1927 y enero de 1928, y en Verbum, 1928; antes,

aquí en Revista de Occidente, 1925 había aparecido su artículo Reflexiones de un economista en la Argentina.

Como una especie de coronación de toda esta obra científica e intelectual de gran calado, a partir del curso 1933-1934 se incorpora al cuadro de profesores que explicaban en los cursos especiales de estudios económicos y administrativos que la Facultad de Derecho había iniciado como un preludio de la creación que se esperaba para el curso 1936-1937, de una Sección de Ciencias Sociales de esta Facultad, que arruinó la guerra y que dirigía Posada. La asignatura de Política Monetaria le quedó asignada a Olariaga. En la citada intervención necrológica sobre éste efectuada por José Castañeda, se lee: "A pesar de lo odioso de las comparaciones, y sin merma para el nivel científico de los demás profesores, es necesario proclamar que la asistencia a las clases de D. Luis Olariaga era, con mucho, la más numerosa, lo que demuestra el interés despertado por sus explicaciones". El "estropicio de la guerra civil", como escribió el propio Olariaga, truncó gran parte de lo que entonces parecía crecer con ahínco en la Universidad Central, preludio evidente de la futura Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

1936 significará, para siempre, repito, una frontera en la Historia de España. Antes y después todo pasa a ser diferente, y en la biografía de Olariaga, eso se evidencia con facilidad. El 18 de julio de 1936 sorprende a Olariaga en Madrid. Privado de la cátedra, logra salvar la vida con dificultad, refugiándose en la Embajada de Rumanía. Ésta había tenido en Madrid un relieve especial. Piénsese en su significación en la biografía de dos políticos importantes, Manuel Azaña y José Antonio Primo de Rivera tras la llegada, como Embajador, del Príncipe Bibesco con su bellísima, y de gran fuste intelectual, esposa. Esta Embajada había traído a España al famoso economista rumano Mannoiesco, al que conoció Olariaga con motivo de un almuerzo dado en la Embajada en honor de este visitante. Desde este asilo político logró abandonar la España republicana y pasar a la nacional. Al llegar a ella en otoño de 1937 tiene que haber sido decisiva la presencia previa en ella de José Larraz para la incorporación de Olariaga a una serie de instituciones fundamentales para organizar, de modo adecuado, una economía de guerra. Larraz había sido su amigo y discípulo, y era ya una persona muy influyente en la naciente Administración de Burgos, donde ocupaba puestos importantes en el Banco de España que allí tenía su sede, en oposición al republicano, que tras abandonar Madrid, residía en Valencia. Por una parte pasa a ser, con residencia en Santander, en 1938, vocal de la Comisión de Ordenación Ferroviaria del Ministerio de Obras Públicas; también, en 1938, se le nombra Asesor Técnico del Comité Central de la Banca Española, entidad con un doble papel: el de sustituir en la Zona Nacional, al Con-

sejo Superior Bancario creado en 1921 por la Ley de Ordenación Bancaria Cambó-Bernis, que funcionaría hasta 1939 en la Zona Republicana, y el de detener en ese sector el sindicalismo vertical relacionado con el nacionalsindicalismo falangista, que ya había sido frenado con el Fuero del Trabajo. Además, porque convenía, a efectos nacionales e internacionales de economía de guerra, no alarmar al aparato financiero internacional, muy decidido en su apoyo a Franco. De Asesor Técnico pronto se transformó Olariaga en Director del Comité. Con la Ley de Ordenación Bancaria de 1946, éste se convertirá, de nuevo, en el Consejo Superior Bancario del que, sin solución de continuidad, será Olariaga también el director hasta su jubilación en 1969.

Y ya con Larraz como ministro de Hacienda en el gabinete ministerial de reconstrucción de agosto de 1939, fue nombrado Olariaga Consejero del Banco de España en 1940, en el grupo de los tres representantes de "los intereses de la economía nacional", de acuerdo con la Ley Prieto de 1931. Va a permanecer en él como consejero ejecutivo hasta 1968 y en el Consejo General hasta su fallecimiento en agosto de 1976. Ese pasa a ser su nuevo, y como se ve, permanente mundo A desde la Guerra Civil. Pero existe un mundo B, también importantísimo para él: el de la docencia. No existe ya, prácticamente el C, ese de la acción en la prensa. Muy de tarde en tarde publica algún artículo, siempre enjundioso en *ABC*, y por supuesto, artículos científicos, ahora, y ello es significativo, no en *Anales de Economía*, donde reinan Zumalacárregui y Manuel de Torres, sino en *Moneda y Crédito*, que dirige su discípulo, el profesor Tejero. También apareció uno que considero muy importante, publicado en el *Bulletin Bimestriel de la Société Belge d'Etudes et d'Expansion*, enero-febrero 1948, titulado *Les deux problemes essentiels de l'économie espagnole*, sobre el que tendré que volver más adelante.

La actividad docente la reemprende en la Facultad de Derecho. Sin embargo, era evidente que, a más de los cursos de Política Social del Doctorado, desea transmitir sus puntos de vista sobre política monetaria. La sombra del Keynes de la *Teoría General* le parece tan peligrosa, que considera que debe reaccionar desde cursos, seminarios y ámbitos académicos. En este sentido va a caminar por un doble sendero: el de los cursillos de especialización bancaria, que tienen sus raíces lejanísimas, según me manifestó Olariaga en multitud de ocasiones, en los que el movimiento sindical británico, en sus tiempos londinenses, había creado para los empleados de la Banca, y el de los cursos universitarios, completados, de inmediato, con una serie de ensayos científicos. Complementariamente, sobre la economía de la guerra, publicó *Aspectos económicos de la guerra actual* (Comité Central de la Banca Española, 1940), *Economía y Hacienda de la guerra*, en

Moneda y Crédito, nº 1, 1942, y *Financiación de la guerra moderna*, (Junta Cultural de Vizcaya. Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, 1943). Los cursos se inician en el año académico 1940-1941, como un añadido a la Facultad de Derecho. De algún modo podrían interpretarse como prolongación de aquellos a los que ya se ha hecho alusión como de estudios económicos y administrativos de esa Facultad, interrumpidos en 1936. Olariaga, en esa especie de reanudación, pasaba a explicar. *La nueva política monetaria*. Véase el texto aparecido en *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, enero-diciembre 1942. En él expone cómo en los años treinta, Alemania e Inglaterra modifican los principios de la política monetaria clásica, la que se extendía desde Ricardo y los primeros pasos del patrón oro a los intentos de restablecer éste tras la I Guerra Mundial. El fin que se proponían estas naciones, para Olariaga, era coordinar la política monetaria con una política nacionalista cuyo objetivo básico era una decidida acción anti-cíclica. Olariaga advierte de los límites de la política de plena ocupación, y cómo iba a ser preciso, tras la contienda que entonces estaba en un momento culminante, crear un patrón monetario internacional, aunque durante mucho tiempo perduraría el sistema de compensaciones como central del comercio internacional. Y muy pronto esta certera visión del mundo de la postguerra se desarrollaría en el artículo *La política de ocupación total y los ciclos económicos*, aparecido en *Moneda y Crédito*, junio 1945.

Simultáneamente comprende, cuando eso no parecía preocupar en España casi a nadie, como consecuencia de la lucha diaria con los durísimos ramalazos de la que todavía era una economía de guerra que perduraría hasta 1947, que al ser la nuestra una economía muy dependiente del exterior, tendría que estar avizor de por dónde tendía a estructurarse el nuevo orden financiero internacional que iba a imponerse, como él había predicho, nada más terminar la contienda. La relación de los análisis efectuados entonces por Olariaga muestra la rapidez de reacción de éste ante las novedades que debían afrontarse, pues en 1944 fue cuando publicó, sucesivamente, *La organización monetaria internacional en la postguerra*, en *Moneda y Crédito*, junio 1944 y *El Fondo Monetario Internacional*, en *Moneda y Crédito*, septiembre 1944, que concluye con una especie de subrayado sobre el tránsito a una nueva etapa de libertad económica, sobre todo para aquellos países que, como España, habían practicado un nacionalismo monetario extremado. Todo esto lo completa con su *La organización económica internacional en la postguerra* (Comité Central de la Banca Española, 1944). Por eso decide comenzar a editar su obra *El Dinero* que tenía su precedente con la primera de sus acciones en cursillos de especialización bancaria. Precisamente en 1944 había desarrollado un curso muy interesante sobre cuestiones de teoría del di-

nero y política monetaria destinado a funcionarios del Banco de España. Se publicó y si se lee, se comprende, de inmediato que en él se encuentra ya el esqueleto de su libro El Dinero. De éste, su tomo I, Teoría del Dinero, en la primera edición aparece en 1946. Pero lo que sucede en el mundo le mueve a editar una segunda edición de ese tomo, y a comenzar a completarlo con un tomo II, que se publicará en 1954 con el subtítulo de Organización Monetaria y Bancaria (Moneda y Crédito, 1954). Los trabajos previos para este tomo II fueron Lord Keynes explorador de la ciencia económica, en Moneda y Crédito, septiembre 1946; El crédito industrial en la organización bancaria, en Moneda y Crédito, diciembre 1946; en algún sentido La liquidabilidad de los bancos de depósitos españoles en Moneda y Crédito, septiembre 1951, y El ahorro voluntario y los Bancos, en Moneda y Crédito, diciembre 1954. Pero la obra, finalmente, quedó truncada, inconclusa. Gonzalo Pérez de Armiñan explica esto así: “La rapidez con que los acontecimientos políticos evolucionaron y se complicaron desde la resurrección de la política monetaria a partir de 1951, empezaron a echar sobre la mesa de Olariaga una documentación cada vez más copiosa, y en su cabeza comenzaron a suscitarse cuestiones entrelazadas que una mente rigurosa y lógica se resistía a expresar mientras no las tuviera claras. Y nadie las tenía en aquel momento de convulsión. Terminar el libro se hizo cada vez más difícil en el único nivel que podía permitirse publicar con su firma. Pronto supo que no lo haría”.

Al fin, tras una serie de tensiones relacionadas con la previa fundación de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas que, en estos momentos, indagamos y pretendemos publicar pronto José María Serrano Sanz, Eduardo del Río Iglesia y yo, parece que gracias a los buenos servicios de su amigo Valentín Andrés Álvarez, del grupo del Instituto de Estudios Políticos y vicedecano de la Facultad, se logró que en el curso académico 1945-1946 desarrollase en ella Olariaga un curso de Teoría del Dinero, cuya asistencia era totalmente voluntaria. Comenzó a exponer en él puntos de vista claramente antikeynesianos, en el sentido de considerar keynesianos a los seguidores del modelo de la Teoría General. Con ello provocaba réplicas muy duras en el curso oficial y obligatorio que, de Teoría Monetaria impartía el profesor Torres, al que pagaba con la misma moneda. Nunca se mencionaban nominalmente entre sí, lo recuerdo perfectamente. Todo quedaba en: “Algunos sostienen equivocándose de plano...” o “Hay quien asombrosamente dice...”, como preludio a una serie de invectivas. Fue la versión en nuestra Facultad de las polémicas de hayekianos y keynesianos que se desarrollaban en la London School of Economics. En el año académico 1946-1947 Olariaga ofreció un curso muy valioso, pero demasiado breve, de Política Monetaria, pues compartía la enseñanza de la asignatura con otra persona. Desgraciada-

mente, por unos problemas derivados de unas calificaciones a una serie de alumnos a los que sólo interesaba el título y no las enseñanzas, se promovieron un conjunto de incidentes. Hubo muchísimos dimes y diretes. Me da la impresión de que hartado, Olariaga decidió no volver a enseñar en esta Facultad que, por ello, no le dejó buen recuerdo. Se refugió en la de Derecho, donde pasó a impartir, desde el curso 1949-1950, la enseñanza de Economía Política, al desdoblarse, como he dicho, en dos la cátedra que, hasta entonces, impartía en solitario el profesor Zumalacárregui. Preparaba y dictaba bien las clases, pero ni el mundo de los neoclásicos, y menos aun, el de los keynesianos, le seducía especialmente. No era ya, pasados los 65 años, el momento adecuado para alterar hábitos intelectuales, y no los alteró.

Cuando se jubiló, se creó en la Facultad de Derecho, la Cátedra Luis Olariaga de Economía Bancaria, financiada por el Banco de España, el grupo de los llamados “cinco grandes” bancos españoles —el Hispanoamericano, Banesco, Central, Bilbao y Vizcaya— y el Banco Urquijo. En ella también participaban otros grandes especialistas, como por ejemplo el profesor Sayers quien pronunció una conferencia titulada El dilema de los bancos centrales y en esa cátedra se refugió hasta su muerte Olariaga, para no dejar de dar clase, aun al margen de lo que significaba la jubilación oficial.

Las enseñanzas dadas en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, pues, de cuestiones monetarias y las que se relacionan con los movimientos sociales, habían sido, desde luego, excelentes, y como siempre las impartía con gran dignidad. Por eso gozó merecidamente, de una gran fama como profesor. El que la citada Facultad le dejase a un lado, creó en ella un hueco formativo grande, que durante muchos años nadie cubrió. Fue peor que una injusticia; constituyó una equivocación de consecuencias graves, porque nadie era capaz de hablar de las cuestiones que conocía a fondo el profesor Olariaga con la altura y claridad que él siempre tuvo.

Su refugio, tras los cursos impartidos a los funcionarios del Banco de España, fue marchar hacia las actividades de formación del personal vinculado con las empresas crediticias y, en general, con las del mundo financiero. Por eso, desde 1948 impulsó el nacimiento del Instituto Bancario, vinculado al Consejo Superior Bancario, pero con cierta autonomía funcional, tras una visita que hizo a Londres, invitado por el Institut of Bankers, a unas reuniones en la International Banking Summer School (IBSS). De ahí también se derivó, en 1954, en Granada, de la VII reunión de la IBSS, que siempre quedará vinculada, en el anecdotario de los economistas españoles, como la que produjo un pintoresco encuentro entre Bernácer y su impulsor hacia el

prestigio internacional, Robertson. El tema de la reunión fue Los bancos en la postguerra: ¿la vuelta a la normalidad?, y las intervenciones fueron editadas por el Consejo Superior Bancario en 1955. Allí aparece la de Olariaga, El ahorro voluntario y los bancos.

Las enseñanzas del Instituto Bancario eran nocturnas, y los bancos enviaban a él a sus empleados. Puso en esta tarea mucha ilusión, hasta que en 1973, lo que se había creado casi como un reto a la Facultad de Ciencias Económicas, dio paso al Colegio Universitario de Estudios Financieros (CUNEF), que, como es notorio, está adscrito a la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense. Fue el momento en que Olariaga abandonó esta tarea cuyo final es enjuiciado así por Gonzalo Pérez de Armiñán, testigo clave de lo sucedido, por el papel esencial que éste tuvo en el Instituto Bancario, a más de su íntima amistad, su admiración intelectual y su parentesco con Olariaga: “Soy testigo de mayor excepción de lo que se logró y, sobre todo, de la limitación inicial que no pudo superar. La formación ha de integrarse coordinadamente con el reclutamiento, la selección y la promoción, como patas de lo que, en otro caso, se convierte en el ciempiés de la política de personal. Y no existía el clima apropiado de conexión entre las actividades formativas del Instituto y otros aspectos de política de personal específicos de las entidades bancarias, lo que no justifica, sin embargo, el irónico comentario de algún banquero, con falta de sensibilidad y poca imaginación, que llegó a calificarlo como «el juguete de Olariaga». Por eso en 1973 retorna a su Facultad de Derecho, para desarrollar tareas múltiples de la cátedra de su nombre. Señala Pérez de Armiñán: “Dos días a la semana continuaría explicando, con casi 90 años, política monetaria, movimientos sociales, todo ello empapado de sus ironías y ello, lo reconocen todos, con un rigor intelectual y buena capacidad pedagógica, hasta el último día que se presentó en el aula”. Cuando se jubiló en 1955, e imponerle el ministro Ruiz Giménez la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, dijo: “No pienso jubilarme hasta que Dios lo haga, porque la tarea de buscar la verdad y enseñar a los demás a buscarla puede realizarse en cualquier lugar”. Lo cumplió.

En esta última etapa de su vida continuó ofreciendo trabajos interesantes. Muchos de ellos se referían a la necesaria apertura de la economía española al exterior, lo que suponía un cálido apoyo al cambio radical que supuso el Plan de Estabilización de 1959. Por supuesto, el primer paso lo había dado, como ya se ha indicado, con el artículo Les deux problèmes essentiels de l'économie espagnole. En él, aparte de un caluroso apoyo al régimen de Franco —piénsese que aparece en 1948, cuando el aislamiento político internacional de España era muy grande— se muestra que los dos problemas capitales que ha de resol-

ver nuestra economía eran el de la contracción experimentada en el comercio exterior y el de la tensión creciente en los mercados de dinero y de capitales. Es más; al exponer la primera cuestión, aclara que “la idea de autarquía nunca ha sido más que una de las fanfarronadas nacidas de la imaginación en una fase belicosa de la historia europea, fase que ha costado mil pérdidas y que cuesta aún mil sufrimientos”. Pasa a exponer cómo, coyunturalmente ha quedado perturbado el comercio exterior español, y cómo, estructuralmente, le habían trastornado la Guerra Civil y la II Guerra Mundial, con lo que se generaba toda suerte de estrangulamientos que frenaban la producción: «El suelo español no proporciona el rendimiento adecuado por la penuria de semillas y piensos, y las fábricas no pueden trabajar a pleno rendimiento por la escasez de las materias primas como, por ejemplo, el algodón y el caucho, del mismo modo, el sistema ferroviario no puede asegurar un transporte sin trabas y adecuado a los productos, por los desgastes del material fijo y la carencia de locomotoras. Por otro lado, los transportes por carretera no son capaces de dar el rendimiento deseado, a causa del deterioro de camiones y neumáticos».

Todo lo complicaba la ampliación de la demanda interior, que causaba tensiones inflacionistas evidentes, que repercutían en grupos concretos de población. “rentistas, pensionistas, empleados y quienes ejercen profesiones liberales”, agregando inmediatamente: “La clase obrera, en general, se encuentra muy defendida por la política; y, en España, el régimen actual hace los mayores esfuerzos para ahorrar a la población trabajadora molestias excesivas. Quienes sacan provecho del alza de los precios son los productores agrícolas, los fabricantes, los industriales y los comerciantes”. La solución era clara para Olariaga cuando dice: “La situación cambiaría notablemente si España pudiese recibir del extranjero los medios necesarios para reemplazar sus medios de transporte deteriorados, renovar algo su utillaje, proporcionar materias primas y completar su aprovisionamiento de alimentos o lo que aun sería mejor, que los países que siempre han sido clientes de la exportación española, pudiesen restablecer su poder de compra y se colocasen en condiciones de adquirir los excedentes de nuestra producción nacional”.

El otro problema derivaba de la política de pleno empleo que seguía el Gobierno, “que provoca efectos inflacionistas en todos los países que lo han aplicado al pie de la letra”, el cual, como agrega, era “uno de los objetivos fundamentales del Gobierno del general Franco”, con sus políticas de obras públicas y de industrialización. Al ampliarse la demanda interior, y coincidir presiones sobre el consumo y sobre el mercado de capitales —públicos y privados—, con especulaciones tan importantes como la inmobiliaria, se observa una ampliación muy fuerte del clima inflacio-

nista. Por eso “la circulación fiduciaria, que tenía un ritmo de crecimiento que no sobrepasaba hasta 1945 el 7 por 100, ha alcanzado el 20 por 100 en 1946; y (en 1947)... plantea una nueva amenaza al crecimiento, aunque de menor amplitud”. El remedio que defiende era un aumento de los impuestos para equilibrar el presupuesto, y una restricción de créditos. Cabalmente las medidas decididas a finales de 1947 que constituyeron el que se debería denominar Primer Plan de Estabilización, desarrollado a lo largo de 1948, y que constituye la base de una expansión futura muy fuerte de nuestra economía, al liquidar definitivamente, la etapa de economía de guerra.

Para 1949=100, el PIB por habitante, en 1958 había pasado a 146’2, y el ritmo anual es el señalado en el cuadro adjunto.

Años	Δ anual PIB pc. en dólares internacionales 1990 Geary-Khamis
1950	+1’6%
1951	+9’0%
1952	+7’2%
1953	-1’2%
1954	+6’6%
1955	+3’0%
1956	+7’2%
1957	+2’3%
1958	+3’4%

Las consecuencias favorables de un Plan de Estabilización ahí estaban bien claras. Éste llevaba plomo en el ala al no resolver el problema básico de abrir la economía española y ser capaces de mantener equilibradas nuestras balanzas exteriores, comercial y por cuenta corriente, cuestión ésta que Olariaga había defendido siempre. Por eso apoyará con calor la orientación decidida en 1959, como lo demuestran dos trabajos importantes titulados: Significación histórica de las actuales estabilizaciones monetarias, publicado en Moneda y Crédito, en junio de 1959, y La política de crédito en la estabilización española, aparecido en el volumen La estabilización en España, una publicación de la Cátedra Luis Olariaga, en 1960. Y precisamente uno de sus escasos retornos a la prensa diaria, en apoyo de esa política, fue publicar un artículo en ABC.

A partir de ahí, como si considerase que había cumplido lo esencial de sus deberes con la sociedad española, Olariaga pasa a refugiarse cada vez más en la Real Aca-

demia de Ciencias Morales y Políticas. Como sucesor de César Silió había sido elegido para la medalla 24 el 14 de noviembre de 1944, pero no pronunció su discurso de ingreso, La orientación de la política social hasta el 25 de junio de 1950. En él denunciaba algo que tiene valor permanente: “Mucho de lo que hoy aparece como progreso social sólo representa, en realidad, un lamentable retroceso. Es retroceso cuando tiende a estimular en el trabajador su conciencia de clase y su tendencia materialista: cuanto lleve a hacerle creer que la mecanización de su vida puede redundar en pro de su bienestar y del desenvolvimiento de su personalidad humana; cuanto le incite a ver en la lucha de clases y en la oposición de intereses la solución de sus problemas. Es retroceso cuanto suponga empobrecimiento y degradación de las clases medias cultas, que son en la época presente las guardadoras y acrecentadoras del tesoro espiritual de las naciones. Y es retroceso social guiar a los pueblos haciéndoles confiar excesivamente en la preferencia del Estado y buscar su felicidad en los esfuerzos colectivos de orden puramente técnico”.

Trabajó intensamente en ello. En los Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas se recogen estos trabajos académicos suyos: en 1963, La política de desarrollo económico en la Guerra Fría; en 1967, ¿A dónde va la sociedad? y El materialismo de las masas; en 1968, El verdadero desafío a Europa; en 1969, su contestación al discurso de ingreso de Mariano Navarro Rubio, lo que le permitió insistir en su defensa de la filosofía del Plan de Estabilización de 1959; en 1971, Los efectos de la inflación mundial, y en 1974, o sea con 89 años, Pasado, presente y futuro del desarrollo. Al volver a leer sus trabajos nos encontramos, simultáneamente, con altura intelectual, con pasión contenida a veces, con afecto siempre a las personas, con talante crítico en todo momento, y sin que nunca faltasen nuevos puntos de vista.

Lain Entralgo termina una magnífica reflexión sobre España clamando por “españoles sin trampa ni disfraz”, aquellos “que sin mesianismo y sin aparato trabajan lo mejor que pueden en la biblioteca, el laboratorio, el taller o el pegu-jal... Los que saben moverse por la anchura del mundo sin abrir pasmadamente la boca... Los que por hombría de bien... , saben ver y tratar como personas, como verdaderas personas, a quienes con ellos conviven. Los que... ante la desgracia propia saben decir «No importa»”. He intentado, con todo lo que precede, demostrar que, muy por encima de otra cosa, Olariaga era un español de esos que Lain define como los de “sin trampa ni disfraz”.